

2013/12/25 - 2014/01/08

Una aproximación a la vida y obra de Víctor Mendizábal

Marcelino IRIANNI

Jon Ander RAMOS MARTINEZ

Ningún historiador es consciente del trabajo que tiene ante sí, hasta que no se ve inmerso en el océano —mar, lago, otras veces pequeño estanque— documental que acapara la investigación. La expectativa por el hallazgo de un documento que allane el camino para corroborar una hipótesis o deshecharla, se cumple en contadas ocasiones. El azar, pero principalmente estudiar acontecimientos, procesos o personalidades del siglo XIX en Argentina, donde el Estado —ocupado de guerras civiles y organizar el territorio— tardó mucho tiempo en documentar con precisión aspectos fuera de lo macro económico o político, nos pone delante de verdaderos desafíos de investigación. Los que investigamos inmigración nos conformamos, en muchos casos, con contabilizar el universo de una comunidad étnica, seguir a sus líderes (que tuvieron más protagonismos y por tanto destacaron el común) o sacar conclusiones de las obras de aquellos que aún quedan en pie. Nunca sospechamos, al iniciar esta investigación sobre Víctor Mendizábal, que aquel ordiziarra dejaría tras de sí huellas de gigante, ineludibles, manifiestas, pero que pocos reconocerían o lograrán aunar antes de este trabajo (salvo su familia). Pero si descubrir las huellas que iban desde Ordizia al litoral rioplatense, para regresar a Ordizia y luego moverse por toda Euskal Herria y parte de Europa fue una sorpresa inesperada, más lo fué la sospecha de que aquél gigante hacía obras como quién hace panes, donde fueran necesarias y sin medir costos económicos y de su propia humanidad, para luego desaparecer en el anonimato, huir al aplauso que le haría perder un tiempo valioso antes de iniciar otro emprendimiento. Esta introducción, que bien podría ser el inicio de una fábula titulada *Obras de un gigante escondido*, es la síntesis de la vida de un hombre que, a no dudarlo, hubiese querido alargar esos 97 años de vitalidad real para cumplir todo lo que tenía en mente.

Pero como no hay dos sin tres, Mendizábal esperó pacientemente esos cincuenta años que tardamos en abrir el baúl de sus documentos para sorprendernos aún más. Lo primero que notamos es que, efectivamente, se presenta como un inmigrante de Manual, que recorre todos los escalones, caminos y posibilidades que hemos estudiado. Pero a poco de andar, también comprobamos que era una persona destinada a romper con muchos estereotipos que acostumbrábamos a usar hasta ahora.

Víctor Mendizábal, un faro en la tormenta.

A comentar estas sorpresas, gratas por cierto, dedicaremos las siguientes páginas, similares a las vertidas en el libro *Víctor Mendizábal, un faro en la tormenta*, que acabamos de publicar. Alguien podría decir que es una biografía, pero incluso en ello, Mendizábal se adelantó a su tiempo y nos privó de que escribiésemos una biografía social como superadora de las formas del siglo pasado dedicadas al repaso de los logros de un individuo. Mendizábal, aún desde su anonimato, ensancha el escenario donde se mueve, zamarrea gente para que vean los problemas que observa, los llama a seguirlo en sus emprendimientos, los que muchas veces intentan paliar problemas de su tiempo. El mismo se encarga de que esta especie de biografía sea social, que necesariamente tengamos que quitar la vista de su persona para ver los efectos de su obra.

Ideas guías de nuestra investigación

Mendizábal hace uso de la migración en cadena, se enmaraña en redes, frecuenta espacios de sociabilidad étnicos y hasta se convierte en un líder comunitario y luego un indiano, accesorios teóricos fundamentales a los largo de las últimas tres décadas de historiografía. Pero como adelantábamos en el título de estas páginas, ese mismo inmigrante nos interroga como historiadores, nos somete a revisar algunos de esos conceptos que él mismo desborda. A tres años de investigar sobre su vida, dudamos inclusive si alguna vez fue un inmigrante clásico y si lo fue, cuánto tiempo realmente permaneció en ese rol. Ya veremos que a priori también es un líder étnico, pero que contrariamente a sus pares vascos o de otras etnias, lo elude cuanta vez puede, desapareciendo tras un emprendimiento colectivo cual héroe de historieta. ¿Lo ubicamos como un referente para que nos permita avanzar en la investigación? ¿O acaso como líder social, que desbordó su comuna, su aldea, región, país? La imagen del faro en el título del proyecto que guió nuestros pasos, es una de esas ideas, aunque no la única. Víctor Mendizábal era guipuzcoano de nacimiento, español de pasaporte y por tanto europeo de origen, pero se sentía vasco cuando niño y prontamente un ser humano en el verdadero sentido de la palabra. Euskal Herria era y es una diminuta mancha verde en el globo terráqueo, ni siquiera delimitada en su verdadera magnitud; en la época de la migración clásica (1840-1880), debió ser más pequeña aún, toda vez que la gente que se sentía parte de aquella región se encontraba inmersa dentro de dos estados nacionales. Ordizia, la villa que

recorría el joven Mendizábal, apenas contaba dos mil vecinos cuando aquél fue arrancado de sus juegos a la edad de once años. Nace en 1860 y en 1871, pasa a Buenos Aires al amparo de un tío. Son siete hermanos, pero los dos mayores abandonan el mundo rápidamente, como el lastre de un globo aerostático para que el resto vuele más ágil. En esas casi tres décadas que faltaban para el cambio de siglo, Víctor estudió fuera de su horario de trabajo, montó primero una empresa y luego otras y dedicó algún tiempo al amor, para formar una familia con una mujer vasco-francesa, de origen modesto. Al momento de la fundación de *Euskal Echea* (nacido a comienzos del siglo XX), colegio y asilos que resultarán fundamentales para el engrandecimiento de Víctor Mendizábal, el conjunto *euskaldun* era tan heterogéneo como en el resto de la región pampeana, diferencias que se agrandaban en la medida que el flujo migratorio continuaba con aportes regionales desiguales desde los Pirineos. Víctor Mendizábal era vasco y actuaba como tal; el espacio rioplatense donde se movió era el mismo que se había moldeado a la par de la llegada de miles de paisanos que lo precedieron y aún de los contemporáneos a su arribo. Sin embargo, cuando amanece el siglo XX, el escenario idílico desde el punto de vista de las oportunidades y las tolerancias donde habían llegado los vascos desde hacía 60 años, mutaba en forma acelerada. La pampa ya no ofrecía tierras a bajo costo ni cercanas y los alrededores del puerto —pese a la multiplicación de oficios y demandas, además de obras públicas— no alcanzaba a cubrir las necesidades laborales de todos los que llegaban. El déficit habitacional ante el aluvión migratorio dejó claro que soluciones como el conventillo eran focos de protesta y rebelión, pero también antesala de futuros mendigos. Allí había vascos y Mendizábal y la gente del Euskal Etxea, como verdaderos pastores que intentan centripetar su rebaño para mantenerlo unido durante la tormenta, ponen manos a la obra. Como no podía ser de otra manera, mientras Errecaborde, Luro y otros ganaderos que habían progresado en forma inimaginada toman los cargos directivos y dedican su esfuerzo a construir pabellones y el colegio propiamente dicho, Mendizábal se ocupa de algo que ya le obsesiona: la educación. El, junto a Albaytero, se empeña en conseguir que los padres capuchinos tomen la enseñanza en sus manos.

Mendizábal en su accionar nos propone metáforas cual si fuésemos literatos. La del faro se ajusta de manera inmejorable a la personalidad de Víctor Mendizábal, toda vez que busca guiar los buques en plena tormenta, una tormenta ecuménica que él visualizaba producto de las consecuencias de la revolución industrial y la urbanización, pero también en un ámbito acotado como la ciudad de Buenos Aires de principios de siglo XX, cuando el aluvión migratorio y la temporalidad de los trabajos —entre otras causales, como la violencia política— dispersaban la colectividad vasca arrastrando a algunos de sus miembros a la mendicidad. Buenos Aires no era sólo el puerto de llegada o el último sitio que veía aquel que regresaba a su tierra; era el lugar donde las distintas nacionalidades y regionalismos expusieron sus mayores logros como colectividad. Una fortuna desperdigada a lo largo de la pampa no se podía comparar con un establecimiento industrial de un vasco instalado cerca del puerto, principalmente si su propietario participaba en instituciones mutuales o financieras ligadas a España, Francia o más tarde a Euskal Herria. Nadie niega que un médico de estirpe euskalduna, un escritor o simplemente aquel vasco diestro en la pelota a mano, no fuesen reconocidos por una mayoría; sin embargo, inmigrantes dueños de fortunas incalculables como Pedro Luro o los Pereyra Iraola, no fueron reconocidos como tales (fuera de sus ámbitos de pertenencia local) hasta que participaron de actividades en el ámbito porteño. Es cierto también que la pluma de José Rufo de Uriarte, desde la segunda década del siglo XX, desbordó los límites de la capital porteña para compilar la vida de sus paisanos tan exitosos como anónimos en vísperas del centenario patrio. En dos oportunidades, a comienzos del siglo XX, partieron de su editorial varios comisionados a recorrer los principales pueblos y ciudades del interior pampeano con el solo objetivo de sumar progresos euskaldunas que permitiesen mostrarse a sí mismos (como colectividad) y al resto, que el esfuerzo no había sido en vano. Al mismo tiempo que se despegaban documentalmente de sus primos franceses y españoles, los vascos querían devolver a la nación que los había acogido, un centenar de logros personales que habían apuntado sin ninguna duda el despegue argentino y su inserción en la economía mundial. Esto nos lleva a pensar que una mirada en la capital del país es como ver la chimenea de una casa. Lo que mantenía esa techumbre y la chimenea misma, lo que permitía que se conserve el fuego eterno de los vascos para que el humo alcance la altura de las nubes porteñas, estaba en sus cimientos y paredes, construidas con mucho tesón desde 1840, momento del arribo de las primeras oleadas de vascos. En la etapa de su vida que parecía un pastor manteniendo unido el rebaño de la comunidad vasca en el ajetreado Buenos Aires del granero del mundo, cuando algunos inmigrantes mutaban a la condición de mendigos y otros a la de revoltosos sociales que demandaban habitaciones y salarios dignos.

Mendizábal, no se resiste a ser un mero sujeto histórico y nos desafía todo el tiempo que ha durado la investigación. No conforme con romper estereotipos, obliga a utilizar recursos historiográficos que estaban de moda ya en su época. Mendizábal escribe el libro de su vida junto a nosotros, dictándonos, alertándonos de un emprendimiento que habíamos pasado por alto. Hace treinta años, estas páginas se catalogarían como una biografía a secas, elitista, probablemente politizada, remarcando logros y disimulando yerros. Sin embargo, él mismo se ha ocupado, al ensanchar la historia y los escenarios donde se movía, en socializar sus emprendimientos, ocupar espacios amplios, subir gente a su vida como si fuese Noé y él mismo, un arca. Mendizábal piensa y hace, observa problemas y carencias, ensaya soluciones, pero luego desaparece. Tiene el don de ver lo que otros ignoran y se obliga, sin mayor costo, a intentar solucionarlo. Buena parte de sus emprendimientos no le redituaban ganancias personales ni tan siquiera estatus para escalar a directores de empresas o bancos, como sería de esperar acorde a los códigos y costumbres de entonces. Mendizábal permanece en el llano, allí se mueve y desde allí observa con otra perspectiva el mundo. Se trata de proyectos sociales y en el peor de los casos, empresas para ubicar familiares a su mando. Esto no convierte a Mendizábal en una especie de apóstol o de Robin Hood de principios de siglo XX, eso está claro; sin embargo, eso no era lo corriente, no era lo esperable para gente de su nivel socioeconómico; a su manera, es un rebelde que se niega a abandonar su condición social de

nacimiento.

Víctor Mendizábal.

Como veremos más adelante, nuestra investigación nos lleva a repensar estos marcos teóricos y debates, en pos de posicionar a Víctor Mendizábal en su realidad, la que estaba inserta en otra mayor que la que alcanzaba a divisar el resto de los mortales. Como suele suceder en el ámbito de las ciencias blandas como la Historia, lo que parece a primera vista como una ley general, se resquebraja con la aparición de casos que no apuntalan la teoría. Alejandro Fernández y Fernando Devoto enunciaban hace más de dos décadas que algunos inmigrantes que habían logrado cierto progreso material, “utilizarían” la paisanada que confiaba en ellos y recurría a ellos para pedir favores, como plataforma política para presionar y enfrentar a la clase dirigente local que era esquiva a ceder espacios políticos y de estatus a los extranjeros. Anuncio fuerte, si los hubo, y que no siempre pudo ser comprobado, más allá de que resulte llamativo que muchos de los líderes de las instituciones étnicas, aparecen también en directorios de bancos o como figuras políticas principalmente en la segunda generación. Sin embargo, es emblemático que el caso de *Euskal Echea*, donde encontramos a gente de la talla de Jaca, Mendizábal o los Luro, no necesitaran de ello para ascensos políticos ni ubicaciones sociales de privilegio (ya los tenían) y muy por el contrario, dejaron buena parte de sus fortunas en una obra faraónica como el Asilo y el Colegio de Llavallol. No enfrenta en menor medida aquella hipótesis, el hecho de que Mendizábal haga su parte de la empresa educativa y desaparezca al momento de lauros y aplausos.

Mendizábal, como decíamos al principio, es un inmigrante que, como buen estudiante, realiza sus deberes atravesando todos los escalones que la historiografía ha recuperado para ese sujeto histórico tan caro al Río de la Plata; nos referimos al estereotipo de inmigrante que ronda aún los manuales, que tiene una columna vertebral lógica para un extranjero que intenta seguir su vida en otro sitio, con ciertos bemoles según el azar, los conocimientos portados, la personalidad y los intereses individuales o familiares. Luego de un comienzo duro en todos los aspectos, inserción económica por medio, los inmigrantes como Mendizábal comenzaban a enredarse en las redes sociales y de allí a la política, apenas había un paso. Llamativamente, *Euskal Etxea* sería acaso la única participación política de Mendizábal en suelo rioplatense. A la espera de mantener o modificar esta idea a medida que observemos más documentación, sabemos que de regreso a *Euskal Herría* no sólo experimentó el exilio durante parte de la década de 1930, sino que participó en el escenario político donostiarra. ¿No quiso involucrarse antes en la política sudamericana por su regreso inminente? ¿Se vió empujado por la situación en su tierra a introducirse en el juego político? Parece claro, por lo observado hasta el momento, que Mendizábal fue un pensador, un analista de la realidad, un viajero incansable que observaba con la pasión de Heródoto otros paisajes y descubría problemas que temía llegaran a su comarca pero también soluciones para tener a mano. No parecen caberle otros adjetivos más justos que los de humanista, altruista, mecenas si valía la pena algún emprendimiento, pacifista preocupado por la primer contienda mundial. De todo ello, podría deducirse que acaso su mirada universal le animaba a no participar en escenarios políticos locales y en su lugar, volcar todo su ideal, ingenio y practicidad para resolver problemas inmediatos, cotidianos.

Hemos pensado también, con las huellas de Mendizábal aún frescas delante nuestro, que no hay fórmulas para convertirse en líder, pero sí ingredientes básicos para aspirar a hacerlo; todo ello, sin pensar que existen líderes carismáticos que no se propusieron tal rol y se encontraron envueltos en compromisos comunitarios por el hecho de un comportamiento ejemplar, una visión más amplia, una generosidad destacable, entre otras virtudes. De todos modos, hay que pensar que, al igual que en la vieja Grecia, el líder tiene que tener un tiempo para dedicarle a temas que exceden sus preocupaciones personales y este tiempo suele venir, como en la antigüedad, de una solvencia económica o incluso de contar con un comercio que bien podía quedar en manos de otros en esos momentos. Mendizábal, gestor y paladín de una educación amplia, nos lega la tarea de repensar cuanto concepto sobre inmigración y liderazgo intentemos utilizar aquí. Con él y en el ejercicio de cotejarlo con otros líderes étnicos estudiados por nosotros y demás colegas, comprendemos que los hubo también rurales y urbanos, de frontera, enfrentando problemas idiomáticos o no, acorralados por leyes locales y fobias o liberados para experimentar sus inserciones descuidadamente. Pero también hubo líderes espasmódicos, ocasionales, aquellos que frustraron sus intenciones y otros que perseveraron por una causa comunal que los enfrentaba a los que intentaban valerse de sus paisanos para lograr un reposicionamiento político o económico. Luego de ver todo esto y otros perfiles que agregarían más confusión que claridad al tema específico de los liderazgos étnicos, creemos que la gente veía un líder en Mendizábal, pero él se consideraba un simple referente, huidizo al rol que de todos modos cumplía con creces. Buscaba, probablemente, que ningún rol lo asfixiase y así poder permanecer como un trotamundos, pensador, hacedor incansable.

Cierta alfabetización es también necesaria para alcanzar este *status* de líder, toda vez que muchos de ellos se encargaban de leer y firmar documentación en nombre de paisanos iletrados; para tener una visión más amplia, no era necesario ser profesional, pero sí tener esa inquietud y capacidad de retener y digerir información proveniente de distintas áreas. Estos condimentos, sumados a personalidades extrovertidas, eran indispensables para que aparezcán personajes de la talla de Jaca, Fugl, Santamarina, Mendizábal y otros. Mendizábal fue arrancado de su caserío a los once años, privándose de la educación y la niñez; pero llegado al Río de la Plata, el cansancio del almacén de su tío no le impidieron continuar estudiando y así abrir una ventana en su mente que le acompañaría el resto de sus días. Los elegidos por la comunidad como nortes a seguir, contaban con un espíritu generoso y abierto, sumado a una visión global y de futuro de la comunidad, para ascender un escalón más y convertirse en faro de la comuna. Los faros se

construyen por necesidad; cuando el mar precisa de una guía para que los barcos lleguen a buen puerto o al menos no pierdan el rumbo.

Almacen Morea & Mendizabal.

A modo de conclusión

La documentación revisada sobre Víctor Mendizábal, esas pequeñas pinceladas sobre la trayectoria vital de un sujeto histórico por cierto interesante, nos ha permitido recuperar el escenario y las coyunturas en la que transcurrieron los años de este ordiziarra excepcional, tanto en Euskal Herria como en la Pampa argentina. El conocimiento del espacio y el tiempo en el que se movió dimensiona aún más su figura dentro de la colectividad euskalduna así como también evidencia su empeño en desarrollar actividades ligadas a la docencia y la cultura en general. El análisis de documentos personales y fotos muestran la particularidad de este vasco, delineando el perfil de Mendizábal y su desenvolvimiento desde un inmigrante común hacia la conformación de un líder social y étnico, aunque él se pensase como un modesto referente. Resultó sumamente interesante contar con documentación que nos permite comprobar el proceso en el cual se conforma un líder que sobresale de la masa pero que proviene de ella. La historia cuenta con múltiples casos de líderes étnicos y sociales; sin embargo, no siempre es frecuente contar con la información indispensable para reconstruir el proceso por el cual se conformaron como referentes de una masa social. En este caso una figura pública por su actuación multifacética e intercontinental ha dejado tras de sí un abanico de información que nos permite observar la evolución de una persona común que se conforma en líder tan indiscutido como anónimo, desde los mismos cimientos de la infancia que moldearon esa personalidad inquebrantable. Mendizábal reúne las cualidades básicas para erigirse en referente de cuanto escenario transita. Humilde, visionario, estratega, filántropo, empresario, pacifista y sensible, son algunas de las características que lo catapultan, quisiese él o no, a convertirse en un hito de referencia para sus contemporáneos y la historia de los vascos en ambos continentes.

Es curioso descubrir en la documentación que Víctor Mendizábal continúa interviniendo en las actividades de la colectividad vasca en el Río de la Plata incluso luego de su regreso al País Vasco. Este accionar a ambos lados del Atlántico lo diferencia respecto a otros casos de inmigrantes que regresan a su patria bajo la figura del indiano y se desentienden de los sucesos americanos. Como un faro enclavado en los acantilados del Cantábrico sigue mirando de reojo el Río de la Plata; entrado en la tercera edad persevera, desde la fundación que lleva su nombre, en la idea de guiar a los jóvenes al igual que los pastores guían las ovejas por las laderas de Aralar. Ahora vemos, con claridad, cómo germina la bellota que se erige luego como un roble diferenciándose en el conjunto del bosque. Mendizábal significa monte abierto y Víctor hizo honor a su heráldica. Supo desde niño lo que su vida le deparaba y no intentó desviar su camino. En vez de una vida de sacrificio, su optimismo natural prefirió ver el arco iris cuando daba sus primeros pasos. Se hizo cargo de sus hermanos madurando antes de la cuenta; los arrastró junto a él a la aventura americana, pero desde el puerto bonaerense siguió epistolamente la vejez de sus aitas. Iniciándose desde ocupaciones laborales modestas nunca perdió el norte que le llevaría a conformar la imagen que hemos sintetizado a lo largo de estas páginas. Continuó estudiando y formándose para la vida; inquieto, incursionó exitosamente en el mundo empresarial. Se hizo tiempo para participar en política, a la que durante mucho tiempo miró desde afuera, pero siempre le atrajo como el ojo de un tornado. Como un verdadero líder social nunca pudo dedicar sus energías a la obtención de beneficios personales; su obsesión por la educación y la beneficencia fueron ocupando cada vez más horas en su agenda. Prueba de ello es su participación en la formación del Colegio Asilo *Euskal Echea* de Llavallol a principios del siglo XX, así como su participación en otras empresas de tipo benéfico-asistencial como la sociedad “Laguntasuna”, o su gran obra, la “Fundación Víctor Mendizábal”. Miraba todo el tiempo a los niños, de su Ordizia, de Donosti, del mundo, convencido de que eran el remedio para los males que avizoraba, producto de la revolución industrial y las guerras. Por ello funda cantinas benéficas para asegurar su alimentación, pero también promueve viajes a San Sebastián para los que destaquen en sus estudios. Víctor Mendizábal tenía otra virtud, acomodarse a las coyunturas y saber leer con claridad las cuestiones fundamentales de su tiempo. No era un dogmático, y lo que creía fundamental para un sitio y lugar podía relativizarse para otro. También supo desde un principio que en determinadas ocasiones la individualidad no alcanza para solucionar los problemas sociales que observaba. Un líder social, que no necesariamente deja de ser un líder étnico, necesita convencer a otras personas que lo sigan y lo ayuden; compartir el estatus de líder es decisión inteligente y modesta de unos pocos. Aquél débil retoño de roble arrancado de los Pirineos, no sólo sobrevivió al ser trasplantado en las orillas americanas, sino que creció vigoroso y conformó un bosque lo más homogéneo que pudo en derredor suyo. *Euskal Echea*, lo mismo que la “Fundación Víctor Mendizábal”, son ejemplos cabales de que supo reunir personalidades de carácter para que aquellos emprendimientos fueran exitosos y perdurarán en el tiempo. Era, como dijimos, un bosque abierto y en un bosque abierto, los mejores ejemplares se divisan de lejos, no por su porte, sino por la calidad de su madera, sin nudos, longevos en base al sacrificio que les permitió ganar una altura desde donde se divisa lo que hay más allá de los límites del conjunto en que crecieron. Como estereotipo de un líder que solo puede ser visualizado al final de su vida, reuniendo el abanico de obras y emprendimientos que hemos comentado, Mendizábal era un hombre común, y así pasaba sus días. Hemos visto a través de la información recogida y de las fotos, que nunca descuidó a su familia ni sus actividades cotidianas; preocupado por seguir de cerca los derroteros de sus seres queridos pero también de sus vecinos, se le podía ver trasladando niños a la bahía de la Concha en excursión, contestando cartas

que bien pudo delegar o haciendo leña en su caserío. Montar una empresa con sucursales en Nueva York no le impedían sembrar tres kilómetros de nogales en un pueblito de La Rioja donde tenía una casa, para que la gente del lugar cosechase sus frutos y tuviese sombra. Fue perseverante en sus ideales hasta el último día de su vida; al final de estas páginas no nos quedan dudas que fue un hombre feliz y que cumplió con la tarea que le encomendó la vida desde joven. Visto desde el presente, reuniendo en un instante sus inquietudes y logros, podemos afirmar que la vida de Víctor Mendizábal fue más ancha que larga, pero corta.

¹ Para ampliar sobre detalles de la vida de Víctor Mendizábal, apenas esbozada aquí, como también coyunturas y procesos en los que se desempeña, ver Jon Ander Ramos Martínez y Marcelino Irianni Zalakain: *Víctor Mendizábal. Un faro en la tormenta*, Ordizia, Ayuntamiento de Ordizia, 2013. Dicho libro contiene un apéndice documental para ampliar información, como también una extensa bibliografía consultada para su elaboración.